

D'Halmar: 45 Años de Inmortalidad Literaria

Viajero de todos los continentes, amigo de Dumas hijo, huésped de sultanes y otras dignidades de Oriente, famoso en España y Francia, donde alternó con Rubén Darío y Pierre Loti, tuvo en honor abrir la lista de los inmortales de las letras chilenas, al ser distinguido, hace exactamente 45 años, con el Premio Nacional de Literatura de 1942. Antecedió, en consecuencia, a Edwards Bello (1943), Mariano Latorre (1944), Pablo Neruda (1945), Eduardo Barrios (1946), Samuel A. Lillo (1947), Angel Cruchaga Santa María (1948), Pedro Prado (1949) y José Santos González Vera (1950), quienes seguirían sus aguas honoríficas.

¿Y qué de Gabriela Mistral? podrá preguntarse el lector no informado. Pues, aunque increíble parezca, la llamada "Divina" fue coronada, recién, en 1951, aunque obtuvo, mucho antes, en 1945, el Premio Nobel de Literatura.

No quiere decir, lo señalado, que esa pléyade de autores que sucedieron a D'Halmar, en la entonces exigua recompensa pecuniaria, carecieron de méritos, que si los poseen, según atestiguan sus escritos. Mas, la nota precedente debe ser recordada, de tanto en tanto, a manera de consejo para los que discurramos con más pasión —a veces política—, que ecuanimidad.

Dejemos en claro, desde ya, que la obra de Augusto Geomine Thompson, mejor expresado la de Augusto D'Halmar, su nombre literario famoso, hizo que el jurado de la época, sin vacilaciones, lo ungiera. Sus escritos, sobre todo para aquella época, gustaban por el idioma castizo y la fémula modernista, con alardes de realismo patético, no exento del halo romántico.

En sus comienzos —no en balde formó con Santiván, su cuñado, Magallanes Moore y otros, la colonia teatraliana—, se sintió influido por las lecturas de Tolstói y escribió sumido en compasión humana, acerca de los que sufren. Un ejemplo, la novela "Gatita" (1917), publicada en la revista de "Los Diez". Aquellos "Diez" eran, como la mayoría sabe, un grupo escogido de las letras donde militaron, principalmente, Pedro Prado, Santiván, Alfonso Long y otras figuras de las letras y las artes, que brillaron y disfundieron los más altos valores.

"Gatita" —la pluma o la máquina escriban ante tantas evocaciones—, es un intento de la decadenza de los instintos y, de alguna manera, hermana con "La Locera" (1902), que más tarde sería "Juana Locera", algo trisculenta, en que



relata la triste pendiente de una muchacha buena. Si la crítica de entonces la estronchó, celosa como era, con "Naná", de Emilio Zola, hay en ella un mensaje de amor frustrado y la esencia de una verdadera novela chilena, pues, todavía, no repudiaba el criollismo.

Nacido en 1862, hace 105 años, a los 42 de edad produjo —con la experiencia de otras tierras, por el sentido y gozadas; lecturas, vivencias, fantasías—, "La sombra de humo en el espejo". Discutida como novela por quienes creían ver un libro de viajes; pero, en realidad, enraizada firmemente al género. Hay personajes que permanecieron, como el pequeño Zahir, gila egipcio que muere asesiinado por los fríos parisinos, cuyo relato, empapado en ternura, llegó a los espíritus sensibles.

Alí juega, dicho sea con juicio de Alonso, el personaje algo extraño, obvio de talento y desprejuiciado, al que Herón Díaz Arrieta dibuja así: "por que hijo natural, sin familia, sin posición, sin dinero y de gustos sexuales disidentes, parecía condenado a la timidez, al aislamiento. Sucedió lo contrario. Fue una especie de capitán de la literatura, un príncipe de la juventud, maestro, director, inspirador. En verdad, bastante melancólico, misterioso, secreto, reticente; pero la tristeza estaba de moda a principios de siglo, eran los tiempos del pesimismo naturalista, la época de Zola y también de Loti".

Alta estatura, usaba capa española y chambergos alén, que cubría su blanca melena señorial, cuando lo conocí. Me contó "Un día, en París, fui a visitar a Darío, enfermo ya de muerte. En la

escala que conducía a la bohemia, encontré a un joven que se me presentó como hijo del genial nicaragüense. Al mencionar el detalle, Rubén movió la cabeza y me congeló con su respuesta: "¿No sale al padre...?"

Eduardo Blanco Amor, lo hacía "tirar piedras" al sentarse como alumno, siendo maestro, en las clases de oratoria del escritor chileno. El, sabedor que su retórica plena de artilugios era comentada por los rumbones, se adelantaba a cualquier juicio de aquel renovador del género, que revolucionó el arte de los discursos en nuestro país: "Dicen que divago, ¿pero, acaso, la abeja no obtiene su mejor miel en la medida que revuela y liba más flores?" El mismo Blanco Amor motejaba su temática algo frívola, después de haberle confidenciado, con emoción, la muerte de su madre, por su salida del asunto: "Cierta tarde, Eduardo, estando con el sultán, en Estambul, bajo unas tolderías..." Es que había sido ciudadano del mundo; además, un solitario. En el fondo era un permanente actor en el escenario de la vida. Los consulados que sirvió, lo hicieron huésped de muchas tierras, embebeciendo su corazón y nomen en la creatividad bulliciosa que iba a estallar, después, en elegante estilo, en sus libros. "Pasión y Muerte del Cura Deusto" es uno de los más logrados, de construcción orgánicamente pura. "A rodar tierras", escrita a los 34 años, tenía, afirmó el mismo Alonso, altura como sólo pudo concebir Andersen. "La lámpara en el molino" (1934), "Nirvana", Barcelona (1935), "La Marcha de don Quijote" (1936), "Los Alotinos" (1937), "Palabras para canciones" (1942) ¿a qué seguir? Ese año lo coronaron, pero siguió "Cristina y yo" (1946), "Los 21" (1948). [Tantos títulos más! ¿Qué decir de su teatro, —con compañía y todo—, o de "La lámpara en el Molino"? Ricardo Latcham dijo de él, en la hora del triunfo, en que fue uno de los jurados, con Domingo Millí y Armando Donoso (¡vaya figuras!): "El misterio, la vaguedad, la melancolía, el empuje, nutren los cuentos y poemas en prosa de Augusto D'Halmar". Muró pobre. Dispuse no ser sepultado en Valparaíso, que él decía ser su tierra natal, realidad discutida por los estudiosos. En su tumba metropolitana, se lee este epitafio que él pidió para la hora postrera, 1906: "No vi nada sino el mundo. Nada me pasó, sino la vida". Pero no está la frase final: "Y que poco es la vida!"

D'Halmar, 45 años de inmortalidad literaria [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

D'Halmar, 45 años de inmortalidad literaria [artículo] Oscar Guzmán Silva.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile